

Mesa redonda: el futuro del patrimonio etnológico de Aragón

Forman parte de la mesa, por orden alfabético, Guillermo ALLANEGUI BURRIEL, Jefe del Servicio de Patrimonio Etnológico, Lingüístico y Musical de José BADA PANILLO, Antropólogo; José Ignacio LÓPEZ SUSÍN, Director del Área de Cultura de la Diputación Provincial de Zaragoza; Francesc LLOP i BAYO, Antropólogo de la Generalitat Valenciana; Elisa SÁNCHEZ SANZ, profesora de Antropología de la Universidad de Zaragoza en Teruel. El orden de actuación es por posición en la mesa (de derecha a izquierda, visto desde el público), y coordina Francesc LLOP.

La mesa se inicia con las preguntas: ¿Es posible proteger aquello que, por estar vivo, evoluciona continuamente? ¿Es posible proteger el Patrimonio Etnológico desde las instituciones?

Elisa SÁNCHEZ propone la estética y la ética del futuro del patrimonio etnológico en Aragón. Mientras que lo ético sería la posición ante el propio informante y sus libertades (también aquella de poder cambiar), lo estético iría unido a lo afectivo, a las siempre mal denominadas raíces. La Universidad de Zaragoza no hace una reflexión de lo patrimonial etnológico desde la Antropología, sino desde la etnología regional. Su experiencia de profesora de Antropología Social deviene una tarea de captación de adeptos por lo etnológico, en diversas facultades, de Humanidades, de Estudios Sociales o de Veterinaria, tratando de enganchar durante la asignatura troncal, de modo que los interesados continúen con la asignatura optativa. La falta de continuidad está asegurada, exceptuando las escasas adhesiones personales, por falta de una licenciatura en patrimonio de Aragón, desde una perspectiva antropológica: las posibles vocaciones quedan frenadas, y el interés hacia la cultura local se relega al ámbito personal, de la afición o de la militancia.

El discurso para aproximar el patrimonio etnológico se basa en las visitas, en el conocimiento directo, de unos materiales mal conocidos y apenas estudiados. Se trata de ir más allá de los datos: al olvidar la cultura, al negar su vida en el presente, se fuerza a vivirlos en el recuerdo, en el pasado, acelerando su muerte social.

La disyuntiva estriba entre elegir memoria o progreso, entre añoranza o desarrollo. El deseo de poseer “lo antiguo”, sin relacionarlo con el presente, convierte al pasado como un pastiche. De aquí surge la pregunta: ¿es preciso proteger, con los medios que otorga la legalidad vigente? ¿Esa protección no petrifica el patrimonio?

Y aún más: ¿quién tiene el papel supremo de decidir cuando, cómo y porqué se debe modificar un rasgo patrimonial? ¿El artesano o el comprador? ¿Cuál es el papel de los expertos de la Administración, que parecen instalados más allá del bien y del mal, por encima de las necesidades de los actores, decidiendo que es o que no es patrimonio? ¿No correspondería, en una cultura democrática, este papel de reflexionar sobre lo patrimonial y de decidir sobre su evolución, a toda la sociedad?

Quizás debiera trabajarse en el enriquecimiento del pasado, de manera que no se impida su evolución y se potencia la aparición de cosas nuevas.

José Ignacio LÓPEZ SUSÍN abre la reflexión entre dos mundos que conviven: lo moderno y lo antiguo: lo nuevo ataca y lo viejo se defiende. Los estudios desde una metodología arqueológica no se hacen conjuntamente con una perspectiva etnológica o histórica, quedando desligados los unos de los otros aspectos del conocimiento de la realidad aragonesa.

Ciertamente se ha avanzado, sobre todo gracias al conocimiento del patrimonio desde los colectivos culturales, recuperando en los años 70 y 80 el tiempo perdido. ¿Suplió el asociacionismo a quien debía encargarse de ese conocimiento? Porque el Servicio de Patrimonio Etnológico sigue escasamente dotado, y las leyes aragonesas no han acabado de desarrollar ni las señas de identidad ni los lugares de interés etnográfico.

El Patrimonio Inmaterial plantea, aún hoy, importantes temas: por un lado la investigación; por otro la protección. ¿Cómo aplicar el mismo régimen jurídico de los Bienes de Interés Cultural a los bienes de carácter inmaterial, cuando la declaración, por su naturaleza, insistiría en el carácter inmutable de un bien, negando su propia evolución? El futuro aparece como algo incierto, al tener que encarar lo inmaterial como algo nuevo. ¿Para garantizar la pervivencia de ese patrimonio, hay que incorporar ese conocimiento a la educación o solamente difundirlo? La escuela se convertiría en el punto de encuentro de ambos intereses, en un centro de la memoria, única alternativa de futuro, frente a la renuncia y al olvido.

José BADA reflexiona sobre el patrimonio tradicional en el Alto Aragón como una herencia, una cultura heredada y transmitida, acabada, hecha, cerrada. La cultura actual aparece abierta, en continua conformación. La cultura hecha y heredada no tiene futuro cultural, ni futuro económico; solamente le queda la alternativa de ser enlatada para el consumo, ya que no se puede conservar viva una cultura hecha, cerrada.

La traducción, que es la conexión entre dos culturas diferentes, es una acción sincrónica, frente a la tradición, que es diacrónica: el diálogo a través del tiempo de una

misma cultura en un mismo espacio. Una cultura viva está siempre en continua interpretación, no como repetición sino resucitada por la vida de un pueblo.

Los bienes materiales se pueden exponer; los inmateriales se pueden aprender y reproducir. Pero la etnografía clásica sólo describe, colecciona y fosiliza costumbres e instituciones, que quedan relegadas a la memoria, la historia y la rutina.

Los bienes inmateriales, como bienes ideales (que pertenecen al mundo de las ideas) carecen de soporte material; lo “auténtico” viejo se convierte en “nuevo” cuando vive en el espíritu. Estos bienes culturales inmateriales son bienes gananciales, que se adquieren y transmiten conjuntamente por una comunidad.

Su conservación solamente puede garantizarse mediante una interpretación creadora, mediante un continuo discurso de actualización. Así, el patrimonio, heredado, aparece como cultura hecha, cerrada, que hay que proteger, mientras que la acción cultural se hace continuamente, permanece viva y se puede fomentar. La cultura viva es signo de la vida misma, un proceso de continua interpretación, cuyo destino le es dado por el pueblo que lo vive. Mientras que unos progresan, otros sobreviven, suponiendo por tanto la interpretación, una permanente actualización, que desmonta estructuras obsoletas para liquidarlas y renovarlas, haciéndolas vivas.

Para Guillermo ALLANEGUI el futuro del patrimonio radica en su presente, en su creación continua. Desde la Administración se crea patrimonio, actuando a modo de grandes sabios, de maestros, que se adaptan a la moda y la crean, en un proceso presentado como definitivo, pero que está en permanente revisión. Por tanto, ¿es patrimonio aquello que ya tiene cierta edad? ¿Es misión de la Administración limitarse a hacer jornadas como las presentes o a iniciar incoaciones? La ley, que permite proteger (y por tanto fijar) un patrimonio, si no va acompañada de presupuestos, se convierte en papel mojado.

No olvidemos que la mayor parte del patrimonio etnológico se encuentra en manos privadas, por tanto es muy difícil su protección, pues supone una limitación a la propiedad. Pero si este bien interesa a todos, la Administración debiera tener recursos para indemnizar las limitaciones a la propiedad. Con este apoyo presupuestario sería fácil convencer al propietario del valor de su bien.

El Patrimonio es como el resto de los seres vivos: o se adapta al medio o no sobrevive. Algunos elementos causan menos dificultades para su evolución, para su adaptación a las nuevas necesidades: las viviendas pueden adaptarse, pero los demás inmuebles o se adaptan a los nuevos usos (quizás ritualizándose) o mueren. Las

construcciones simbólicas no son difíciles de conservar, pero deben acompañarse de una labor de educación. Otros inmuebles tradicionales, como las casetas de piedra seca, de las que existen cientos, son imposibles de proteger en su totalidad, desde un punto de vista económico, aunque todas deben documentarse. El patrimonio mueble se mantiene mientras dura su función; tras ella o se transforman o desaparecen, del mismo modo que el patrimonio intangible, que está obligado a transformarse o puede desaparecer en muy poco tiempo. El problema principal, desde la Administración, es el desconocimiento de parte de ese patrimonio; por tanto no se puede dar respuestas a su protección o incluso apoyos para su transformación.

Francesc LLOP comparte su experiencia de trabajo de campo en Aragón, en cuyo territorio recogió entre 1983-1984 la tradición oral, las técnicas y los toques de cincuenta campaneros y sacristanes de todas las comarcas. El proceso de percepción de ese patrimonio, hoy prácticamente desaparecido, pasaba no solamente por la recogida de información, sino por una participación activa, en la medida de lo posible, con los poseedores de la tradición, para compartir no solamente palabras, sino conceptos, técnicas y nociones estéticas. No obstante echa de menos un proceso de normalización de este patrimonio sonoro, al modo que se está realizando en la Comunidad Valenciana, donde los nuevos grupos de campaneros forman parte de la normalidad cultural, yendo más allá de la reproducción folklorizada de los toques antiguos; los nuevos grupos, de los que hay más de una veintena, interpretan, adaptan e incluso crean toques de campanas para las necesidades rituales, festivas o dolorosas de la sociedad actual. Esta normalización va acompañada de una permanente difusión, a través de Internet y de otros medios de comunicación masiva.

Tras esta introducción por parte de cada uno de los miembros de la mesa, se inicia la discusión, la puesta en común de argumentos relacionados con ese patrimonio tradicional, tan frágil y tan vivo, tan muerto y tan actual.

Una de las primeras propuestas, para incorporar ese patrimonio tradicional, pasa por ser asumido desde el presente: sólo puede ser entendido si tiene respuestas actuales. No basta con comprender; es preciso apreciar, degustar ese saber. Sólo tendrá futuro el patrimonio si se incorpora por conocimiento y por sentimiento: conocer y querer se interaccionan, y mantienen la vida de las instituciones y de las cosas.

Diversas preguntas del público mantienen el debate. Por ejemplo cómo sensibilizar sobre el patrimonio a los visitantes, especialmente los grupos de jubilados o

de amas de casa. La respuesta, desde el Gobierno de Aragón, para mantener ese patrimonio etnológico pasa por poner de nuevo en uso económico los diversos inmuebles, mientras que para la Diputación Provincial de Zaragoza pasa por una dinamización desde las instituciones locales.

La pregunta sobre los defectos de la Ley de Patrimonio Cultural, y su falta de desarrollo, genera diversas respuestas, relacionadas también con el modo propuesto de entender y vivir el patrimonio por los diferentes ponentes. Así Elisa SÁNCHEZ entiende que debe ser la propia gente la que debe imprimir la dinámica de la evolución de su patrimonio, fuera del alcance de los políticos: el cambio y la adaptación vendrían dados por los usuarios. Los técnicos de patrimonio apuntan a una falta de medios que impide conocer, proteger y poner en valor ciertos elementos en peligro. La pregunta sigue siendo, para José BADA, cómo interpretar el patrimonio para que tenga futuro. Cualquier intervención, pública o privada, institucional, individual o colectiva, sería siempre una interpretación, una actualización, una lectura nueva desde el presente.

Podría resumirse la mesa redonda con este concepto: el patrimonio tradicional, que es fruto de una sociedad en un momento de su devenir histórico, solamente puede estar vivo si es actualizado, interpretado, y no repetido.

Esta interpretación, al modo de los músicos, que no solamente siguen las pautas de una partitura, sino que tratan de extraer y de transmitir el espíritu que animó al compositor, es la única garantía de presente, y por tanto de futuro, del patrimonio, con una doble actuación por parte de las instituciones: la difusión del conocimiento a través de la escuela, para que lo patrimonial entre a formar parte del común acerbo, y la difusión de las emociones, para que esos elementos aprendidos sean también aprehendidos, incorporados a los sentimientos. La tarea de los profesionales y de los aficionados al patrimonio tradicional no consiste, por tanto, en recoger “para salvar”, sino en compartir, para devolver a los circuitos colectivos, esos valores, de modo que sean permanentemente interpretados, apreciados, renovados y vividos.

Francesc LLOP i BAYO